

Una cojida con mi compañera de trabajo en el ascensor.....

Autor: Colombiano

Categoría: Adultos / eróticos

Publicado el: 15/01/2013

No podía ser casualidad. Cada vez que yo subía al ascensor, mi compañera, Martha, lo tomaba también. No recuerdo haber subido o bajado jamás sin ella. Martha esalta, delgada, morena, ojos marrones, atractiva y sensual, un oasis en medio del desierto. Siempre cruzábamos las miradas, nos observábamos fijamente a los ojos por unos segundos siempre me podía con su mirada y conseguía sonrojarme, yo miraba rápidamente su cuerpo y despistaba al suelo o al techo del ascensor. No se me ocurría en ese momento nada de qué hablar con ella, su intensa mirada bloqueaba mis neuronas. ¿Del tiempo? nooo. ¿Del trabajo? tampoco. lo cierto es que ella y yo no nos quitábamos el ojo, yo miraba con descaro sus pechos, pero sobre todo, miraba su culo. Ese era mi principal objetivo.

Cuando entraba en el ascensor, siempre me ponía detrás de ella, ella intentaba evitar esa situación pegando su culo contra la pared la sentía de alguna forma nerviosa con mis ojos fijos en su trasero, igualmente yo me ponía nervioso. mi corazón latía rápido, pero mis nervios se debían a la excitación que me provocaba su rubor y timidez. Siempre imaginaba que el ascensor se estropeaba y como en las películas, Martha y yo acabábamos haciendo el amor en él.

Cuando había gente, yo me acercaba a Martha y me pegaba contra su cuerpo. Le pedía disculpas, pero el espacio en el ascensor era más holgado del que yo le hacía creer. Estoy seguro que ella sentía en sus nalgas mi deseo, mi pene en erección. Ella, al principio, intentaba esquivar ese contacto que yo le regalaba de forma furtiva entre la gente, pero de alguna forma, pienso que se acostumbró o le gustaron tanto a mis roces y empecé a notar que no evadía mi cercanía y disfrutaba mi presencia. Así que, pasadas unas semanas, ya no sólo era yo el que se apretaba contra ella. Sentía que su trasero ansiaba de mi contacto, así que Martha forzaba la postura, metía el abdomen y acercaba su trasero en busca de mi pene. Al principio, yo no percibí su cambio, quizás fruto de la casualidad pensaba yo. Lo cierto es que, de los primeros contactos tímidos, pasamos a frotarnos el uno al otro a conciencia y con alevosía. Disimuladamente, yo movía con lentitud calculada mi verga de izquierda a derecha mientras ella hacía movimientos verticales de arriba a abajo con su culo como centro de la operación. Estábamos perfectamente sincronizados, era una danza silenciosa y placentera. Nada nos decíamos fuera del ascensor, ninguna referencia a nuestros juegos, a nuestros contactos. El resto del tiempo, su culo desaparecía para mí y en su

mente se olvidaba del roce de su nalgas contra mis pubis.

Aquel día de verano, volvimos a coincidir como era habitual, con Martha en el ascensor. Estábamos solos. Nuestro viaje hasta la planta doce acababa de comenzar. Yo me acerque a ella, por detrás, como siempre que el ascensor estaba lleno de gente. Pero allí no había nadie. Sólo ella y yo. Volví a apretar mi pelvis contra mi culo. Ella no puso impedimentos, al contrario, apretó su culo contra mí con deseo y necesidad. El aire acondicionado del ascensor funcionaba a pleno rendimiento, pero a pesar de ello, el calor era sofocante.

Iniciamos nuestra particular danza del ascensor, yo de izquierda a derecha y ella, de abajo a arriba. Un gesto de Martha me sorprendió, o quizás no . detuvo la marcha del ascensor con el botón de emergencia, y allí estábamos los dos; ella, hambrienta de mi verga, yo hambriento de su culo. Subí la falda de su vestido y con un gesto rápido, la empujé contra uno de los laterales del ascensor. No podía evitar mi aliento fuerte contra su cuello, oía su respiración agitada, igual a mi. Baje su tanga, que ya estaba más húmeda que la saliva que empecé a saborear de su lengua con la mía. Alcance a recrearme durante unos segundos con la visión de su culo era perfecto redondo, firme y levantado, desafiando la gravedad. Ella estaba semi agachada, a mi merced, apoyándose en la pared del ascensor para no caerse. Con mi mano completa recorrí por completo su trasero su vagina encendida estaba ardiendo, húmeda y dilatada mi verga gruesa y dura clamaba por un roce, mis manos frotaron con fuerza su cuquita exquisitamente depilada que sintió el peso de mi mano y el movimiento de sus dedos ligeramente húmedos del calor que exhalaba de su cuerpo.

Las caricias fueron el comienzo, pero yo, quería sentir el sonido de mi mano en ella y le propiné dos sonoros azotes en sus nalgas supongo que su trasero ardió, pero al mismo tiempo se encendió con el placentero castigo, ella no lo consideró como tal, incluso deseaba más lo note cuando volteo la mirada fijamente a mis ojos con cara de deseo y éxtasis .no mencionó una sola palabra coloco una de sus manos en su nalga y la abrió ofreciéndome un hermosos panorama. Saque mi verga y la sentí entre sus piernas. Sentí como abría espacio en su vagina húmeda y ajustada la tome de su estrecha cintura y comencé un armónico movimiento de adentro-afuera, sincronizado con movimientos circulares de su trasero contra mi pelvis pronto nuestros movimientos fueron más rápidos y fuertes mi pelvis ofrecía un golpe de cadera contra ella que emanaba un excitante ruido como si se tratara de nalgadas, mientras mis huevos chocaban contra su vagina en cada una de mis embestidas.

La situación era muy excitante y sugería complicidad el calor invadía nuestros cuerpos semidesnudos, cada vez que embestía contra ella fuertemente apretando su rostro contra el lateral del ascensor con sus rodillas semi-dobladas y escuchaba sus gemidos ahogados quise poseer su culo y fui directo a él, sabiendo lo que se hacía. Extendí los abundantes fluidos que manaban de su interior por todo su sexo y metí mis dedos en mi trasero para lubricarlo ante la cercana presencia de mi miembro. No tardé en iniciar la aproximación. Ella pudo evitarlo .pero no lo hizo, al contrario la note excitada.

Empujé una y otra vez hasta abrirla por completo. Penetré su culo hasta el fondo, hasta que no quedó un ápice de mi miembro fuera de él. Ella apenas podía moverse, intentaba a duras penas sostenerse, no caerse, era tal el placer que sentíamos, que no éramos dueños de sí mismos. Mis embestidas eran acompañadas con nuevos azotes, su piel ardía, su culo estaba clavado con cada azote gemía fuertemente como expresando dolor y placer me expreso con su voz entrecortada que le resultaban gozosos. Sentía que mi piel se cubría de sudor. Los gemidos que ambos emitíamos se alternaban con las palabras y frases supuestamente soeces que ella me dedicaba. Eran excitantes y morbosas. lo disfrutamos al máximo, apenas aguantó mis embestidas me dejé ir enseguida, sus palpitaciones contrajeron rítmicamente su culo, mientras yo, notando sus apretones tenía un orgasmo, inundando aquella zona oscura por completo con mi esperma espesa, blanca, caliente y abundante

Descansamos y nos recompusimos la ropa. Martha volvió a dar el botón del ascensor y éste comenzó a subir de nuevo. Llegamos a nuestra planta y nos despedimos con una mirada.

Nuestros viajes en el ascensor continuaron y en más de una ocasión, las vacaciones de verano del resto de nuestros compañeros ampararon nuestros solitarios encuentros en el ascensor, que de día en día iban resultando cada vez más salvajes y placenteros.

Sebastian

arboleda.juanebastian@gmail.com

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Colombiano](#)

Más relatos de la categoría: [Adultos / eróticos](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)